

El color del cristal.

Bien por la U. de Arizona que dio a Carmen Aristegui el premio Zenger de libertad de prensa.

Desde la óptica de la banca, en México no hay bancarrota. Pero vista la realidad con otro cristal, la respuesta es otra. Las ciencias sociales funcionan con una especie de “ley de la relatividad”; sus conclusiones son siempre relativas. Todo análisis está afectado por los prejuicios e intereses del observador. Esa “ley” afecta cualquier respuesta a ¿cómo está hoy México?

¿Está el país en “situación de bancarrota”. Andrés Manuel López Obrador (AMLO) usó esa expresión para definir la condición del Estado que el gobierno saliente le entregará en diciembre. De inmediato, y empleando un lente de observación diferente, Claudio X. González, otros “hombres de empresa” y políticos del viejo y fracasado régimen –como Miguel Angel Osorio Chong--, le respondieron que México y su economía estaban bien, que cuidara sus palabras, pues proviniendo del presidente electo, podían dañar el clima de las (sus) inversiones.

Obvio, como presidente electo y luego en funciones, AMLO debe cuidar su discurso, explicarlo. Pero el punto importante es si México está o no en bancarrota. La respuesta depende, en parte, de la definición del concepto y, sobre todo, del color del cristal –la posición social y el interés económico—a través del cual se examine la realidad mexicana. Según el *Diccionario Esencial de la Lengua Española* (Real Academia, 2006), bancarrota, tiene tres acepciones: quiebra comercial, ruina económica y “descrédito de un sistema o doctrina” (p. 177)

La quiebra comercial no caracteriza hoy a México, pero su estado de salud es precario. El déficit en cuenta corriente de la balanza de pagos del último año fue de 18 mil 331 millones de dólares. Más importante es que la deuda externa total acumulada ya llegó a los 481 mil millones de dólares, lo que rebasa el 40% del PIB (www.indexmundi.com/mexico/debt_external.html), su uso no fue para infraestructura y su pago consume más del 11% del gasto del sector público.

Lo de ruina económica depende desde dónde y con qué cristal se le mire. El crecimiento del PIB para el 2017 se calculó en 2.0% y el per cápita en un raquítico 0.75%. En contraste, las utilidades de la banca crecieron “sin precedentes”: 137 mil millones de pesos, es decir, 28.4% más que las del año anterior, (fuente: la CNBV). Si el PIB en conjunto creció apenas un 2%, pero el del sector bancario creció 14 veces más, entonces debe haber sectores económicos que no avanzaron retrocedieron, como el industrial, que lo hizo en 0.6% respecto al 2016. (*El Economista*. 28/08/18).

Desde la óptica de los ingresos tributarios, esos recursos con los que AMLO quiere cambiar positivamente el entorno material de los más pobres, si bien han pasado de un bajísimo 8.4% del PIB en 2006 al 12.8% en la actualidad, siguen siendo inadecuados, pues el promedio de recaudación en los países de la OCDE, es de

34.3% del PIB, y si para ser realistas sólo tomamos el del subconjunto de los países latinoamericanos, la cifra es 22.7%, (*Revenue Statistics in Latin America and the Caribbean* 2018). Como se le, en este campo la situación de México no es de congratularse.

Examinemos, finalmente, en nuestro contexto, la acepción de bancarrota como “descrédito de un sistema o doctrina”. Justo aquí viene el caso el *Manifiesto por un liberalismo renovado* que hace, desde el lado del capital, uno de los más famosos órganos de opinión mundial y análisis del sistema económico liberal desde hace 175 años: *The Economist*. (15/21/09/18)

Sin apartarse un milímetro de la defensa del liberalismo que enarboló en su número inicial de 1843 y del neoliberalismo de hoy, *The Economist*, acepta que, si bien esta doctrina dio forma al mundo moderno, hoy, ese mundo se ha puesto en su contra, al punto que se viven los prolegómenos de una rebelión popular contra las élites liberales. La revista sostiene la idoneidad de estos principios –compromiso con la dignidad humana, mercados abiertos, límite a la acción del gobierno y fe en el progreso por la vía del debate y la reforma--, pero acepta que en buena medida su práctica se fue por otro rumbo.

The Economist no usa el término bancarrota para calificar la situación del neoliberalismo hoy, pero sí su equivalente: “descrédito de un sistema o doctrina”. Los trabajadores dudan de su equidad pues lo ven cargado a favor de los monopolios corporativos, ha fracasado en proveer respeto cívico para todos y la clase gobernante vive en una burbuja: “sus miembros van a las mismas universidades, se casan entre ellos, viven en los mismos barrios, trabajan en las mismas oficinas” y esperan que el pueblo se mantenga lejos del poder y se contente con un cierto progreso material. Sin embargo, ese progreso hoy no se da porque hay un estancamiento de la productividad y persisten los efectos de la crisis de 2008.

The Economist acepta que hoy el “interés común” de la ideología liberal no existe, que lo que hay es la creciente polarización de las sociedades, que se define como la lucha entre el “precariado” y los “patricios”, algo que tiene ecos de lo expresado en 1848 por el *Manifiesto del Partido Comunista*. Y sin entrar en el tema de la bancarrota moral del régimen encabezado por el PRI y el PAN, resulta que el análisis económico y social de *The Economist* está más del diagnóstico de AMLO que del de Claudio X. González, et al.

COLUMNA DE LORENZO MEYER. Septiembre 16 dAel 2018

Lázaro

Después de publicarse sucesivamente en dos diarios nacionales a lo largo de 36 años, esta columna semanal acumuló mil 645 apariciones, pero repentinamente, al finalizar septiembre, dejó de existir. Sin embargo, como Lázaro, resucitó pronto y

está de vuelta gracias a la hospitalidad de EL UNIVERSAL. Es una modesta *revenant*

En una de las discusiones organizadas por el Primer Encuentro Internacional de Cartónclub en la Ciudad de México, se plantearon, entre otras, dos cuestiones. Por un lado, la difícil situación económica por la que atraviesan los medios de información tradicionales y, por ende, sus trabajadores y misión. Por otro, desde el público se planteó este tema: si un cierto número de caricaturistas y columnistas se desarrollaron como críticos sistemáticos de una estructura de poder centrada en el PRI y su presidencialismo a lo largo de casi todo el siglo pasado y en los últimos treinta años en la asociación de conveniencia entre el PRI y el PAN, ¿qué puede esperarse de su inconformidad ahora que el entorno ha cambiado y que la oposición —con Andrés Manuel López Obrador a la cabeza— se va a hacer cargo del poder?

Ambos temas atañen a la naturaleza del papel que pueden y deben desempeñar los medios como veneros de información y análisis de los fenómenos políticos, económicos, sociales y culturales de México.

Veamos el primer punto. La pesquisa pública, oportuna y proveniente de una pluralidad de fuentes y perspectivas, es elemento imprescindible en una sociedad que aspira a ser democrática. No hay una definición generalmente aceptada de democracia, pero la caracterización de ese sistema propuesta por el profesor Robert Dahl (1915-2014), es de ayuda para entender la relación entre medios y democracia. Poniendo la mirada en los procesos, Dahl encontró estos elementos como esencia de esa forma de gobierno y de vida colectiva: a) una participación real y en condiciones de igualdad de todos los ciudadanos en las etapas clave de la toma de decisiones del aparato gubernamental, b) lograr que esos ciudadanos puedan comprender y validar la naturaleza básica de las decisiones que se proponen tomar e implementar los órganos de autoridad y c) que los ciudadanos —el soberano— tengan el control de los grandes temas de la agenda política. (*Democracy and its critics, Yale University*)... agenda política—se necesita no sólo la información adecuada sino su análisis. No puede haber una democracia bona fide sin una pluralidad de medios de indagación que le permitan al votante conocer y discernir sobre las propuestas, los personajes y las acciones que mejor cuadren a su interés y a lo que entiende por interés general. Si hoy, por problemas económicos, el mercado disminuyera o secase las fuentes de información pública cotidiana, nuestra democracia en construcción se vería muy afectada o destruida.

Ahora el otro tema. El deber del analista político en los medios es la inconformidad informada: juzgar y medir lo que es en función de lo que podría ser: la realidad siempre puede ser mejorable. Y si hay pluralidad de medios, también la habrá de diagnósticos y propuestas para que el ciudadano decida.

Desde la inconformidad con lo que han sido los gobiernos del PRI y del PAN, el triunfo electoral de Morena en las elecciones del 1° de julio, abrió la posibilidad de un gran avance en la democratización de nuestra vida pública. Sin embargo, ese cambio ya presenta problemas como bien lo ejemplifica lo sucedido al arranque de

las actividades del flamante Congreso federal. Y por eso es necesario hacer la crítica del comportamiento del grupo parlamentario morenista, pues es inaceptable su negociación con el llamado Partido Verde Ecologista de México (PVEM) en la votación donde el Senado dominado por Morena, primero le negó, pero luego le otorgó, licencia a Manuel Velasco del PVEM para que regresara a Chiapas a concluir su período como gobernador, en el supuesto de que el 8 de diciembre volverá a ocupar su apenas estrenada curul como senador plurinominal.

Con razones jurídicas atendibles, el constitucionalista Elisur Arteaga, argumenta que es claramente ilegal ser, a la vez, gobernador sustituto de sí mismo y senador, aunque sea con licencia (*Proceso*, 09/09/18). La maniobra, además de ser una posible violación a la Constitución, es ridícula, innecesaria, ilegítima e inmoral. El retorno por tres meses de Velasco a la gubernatura no se explica en función de ningún interés genuino de Chiapas, y sólo fue posible porque a cambio de la licencia, el PVEM “cedió” a Morena cinco diputados para que tuviera mayoría en la Cámara Baja —mayoría no ganada en las urnas—al pasar de 249 diputados a 254.

Los cinco “verdes” hoy morenistas provienen de un partido despreciado por los votantes, que debió haber desaparecido hace tiempo, y le van a costar muy caro a Morena en términos de imagen y razón de ser. En fin, como muestra este ejemplo, quienes apoyamos el cambio a la izquierda en la política mexicana, y muy a nuestro pesar, no nos vamos a quedar sin material para seguir ejerciendo la crítica.